

PUTUMAYO 2020

Diario de Campo por: Carlos Duarte



Bajo el frío verde y nebuloso de una mañana selvática fue llegando la gente de los diversos rincones del Putumayo. Tranquilamente, las delegaciones descendieron la calzada de la Avenida Colombia, situada a las afueras de Mocoa y se aprestaron a cumplir con el ritual de aquellos que hace tiempo no se ven. Entonces, al ritmo de abrazos somnolientos, se saludaron representantes de organizaciones juveniles, campesinas, indígenas, de mujeres y de desplazados.

Llegaban al Seminario Internacional “*Putumayo 2020: Una Mirada del Sur hacia el Futuro*”. No obstante, pese a la masiva participación, fue posible advertir que la mayor parte de asistentes al evento eran mujeres, niños y jóvenes. La ausencia de hombres entre 25 y 40 años, en casi todos los sectores, fue impactante.

Conviene recordar que estamos hablamos de uno de los departamentos claves en la implementación del Plan Colombia donde, en teoría, la erradicación de los cultivos ilícitos avanza sin mayores contratiempos. Para los putumayenses esta es la fase dos del Plan que pretende controlar dicho territorio luego de la pacificación, ahora, a través de la integración social.

¿Pero con qué población se piensa implementar dicho Plan?

En el espacio de trabajo juvenil fue posible encontrar algunas pistas para avanzar en la solución del anterior interrogante. Uno de los jóvenes participantes, señaló con tono recio: “La debilidad y la división de las organizaciones sociales de la región es fácil de comprender: a los líderes los mataron o los desplazaron”.

Sector por sector se escucharon las crónicas del Plan Colombia. Quizás las más sobrecogedoras, eran las historias de las mujeres quienes no pudieron abandonar el territorio, simplemente porque ellas y sus familias no tienen a dónde ir.

La ubicación de este territorio dentro de la arquitectura de los planes de integración andina y de las Américas, tal y como se desprende de los últimos análisis geopolíticos de la Defensoría del Pueblo, es fría y sencilla: el Putumayo, mas allá de un problema de orden público, es un área de desconocida importancia para la opinión pública nacional en cuanto a la magnitud de sus recursos energéticos (agua, biomasa, petróleo y minerales). Pero además, el Departamento es una especie de estrella geoestratégica, por los cuatro puntos cardinales.

Horizontalmente, el Putumayo hace parte del complejo entramado de conexiones que permitirían solventar la obsoleta estructura tecnopolítica que significa el canal de Panamá y evolucionar hacia la implementación de al menos tres canales secos, que unirían el Atlántico con el Pacífico. Verticalmente, el control sobre el Putumayo mejoraría la succión de la inmensa bodega que significa el territorio amazónico, desde el sur en dirección del norte.

Desde este punto de vista, el Putumayo es un botín de guerra. Sin embargo allí, además de recursos existe gente. ¿Pero qué hacer con ella? La secuencia de acción que ha delineado el Plan Colombia durante estos años, es un fiel reflejo de la lógica que los Estados Unidos ha utilizado históricamente para resolver sus conflictos: integración sin condiciones o exterminio.

¿De qué otra manera puede interpretarse un ejercicio de control territorial que en su primera fase de ejecución implicó el asesinato de líderes sociales, el desplazamiento masivo de sectores significativos de su población por el envenenamiento de la tierra y de sus habitantes a través de la fumigación con glifosato? La profundización del conflicto militar y la aceleración de los espirales de la violencia en la zona alejan cualquier posibilidad de diálogo. Y por último, la puesta en marcha de sofisticadas tecnologías de tortura y guerra psicológica ha significado la desarticulación familiar y del tejido social de aquellos que sobrevivieron.

Así se entiende la poca afluencia de líderes hombres en el seminario, quienes tradicionalmente y gracias al legado patriarcal característico de la cultura campesina colombiana, se apropian de la representación política dentro de las comunidades. Sin embargo, en el caso de Putumayo no funciona así. En el marco de relaciones fragmentadas por el hambre, el desplazamiento o la pérdida de vidas, es posible valorar la magnitud de la tragedia para las mujeres, quienes deben asumir la carga psicológica y material que significa la muerte o el abandono de sus esposos. Con respecto a este último aspecto, es necesario aclarar que muchos hombres cabeza de familia se desplazan a otras regiones por amenazas relacionadas con el conflicto armado (proceso en el cual abandonan su antiguo núcleo familiar y constituyen uno nuevo), dejando el peso de su antigua familia sobre los hombros de las mujeres. Por estas razones vale la pena resaltar la importancia y coraje que significan los diferentes procesos de organización social de los indígenas y aquellos que germinan en las organizaciones de jóvenes y mujeres.

La militarización del territorio y de las relaciones sociales, ha introducido una serie de prácticas tales como el consumo de drogas en menores, la violación, el acoso sexual hacia las mujeres y las menores de edad. Mención aparte merece el secuestro extorsivo de los niños a la salida de las escuelas, ejercido por grupos paramilitares con fines económicos o, persiguiendo móviles políticos.

Si la tendencia sigue como hasta ahora, privilegiando la atención humanitaria como modelo de atención social a la población del departamento, lo más posible es que dichos recursos se malgasten en los diferentes canales burocráticos que este tipo de ayuda implica. Además, las secuelas sociales pueden ser catastróficas si no se atiende esta generación de jóvenes carentes de estructura familiar con capacidad de formarlos como ciudadanos. En este contexto, es viable avizorar una estructura social en la que la militarización de lo social retome algunas de sus fórmulas más degradantes: por ejemplo, el “sicariato” como modelo de resolución de conflictos.

De otra parte, si la tendencia se revierte en la medida que tanto acciones como procesos confluyan en la defensa y construcción permanente de los derechos humanos, entonces serán las organizaciones y sólo ellas, bajo la bandera de un proceso común, las llamadas a liderar una renovada dinámica de transformación social que imponga la agenda de vida de los habitantes del Putumayo, por encima de los intereses de muerte y exterminio. Esta fue una de las conclusiones del *Seminario Internacional: imaginar un futuro mejor*, nacido de esta crisis.

Es sábado y el sol por fin respaldece un poco. Mirando estas mujeres que se preparan solas a volver, cargando sus hijos... vivos o muertos; inevitablemente, me acuerdo de aquella anciana y rechoncha heroína de las *Uvas de la Ira* -una película sobre la depresión estadounidense basada en la novela de John Steinbeck-. En el último diálogo, luego de que su esposo ha fallecido destruido por el dolor y la realidad del desplazamiento, la anciana con los ojos puestos en el vacío de la carretera, inmersa en lo que quedaba de su familia en el espiral de la marginación social, pensaba para sí: “[...] los hombres van con sus aventuras de aquí para allá. Corren como niños con sus sueños debajo del brazo. Ellos triunfan o fracasan;

pero así mismo corren cuando el mundo se viene abajo. Pero las que allí permanecemos... constantes como la tierra que pisamos, somos nosotras las mujeres. Ellos siempre encuentran donde ir, pero nosotras.... somos la familia". ☀



Carlos Duarte es antropólogo de la Universidad Nacional y actualmente se desempeña como profe de la misma universidad. Trabaja en el área de comunicaciones y estudios culturales del programa no gubernamental de protección a defensores de derechos humanos.
comonsense14@yahoo.com

